

tra espada, con la cadena de vuestro reloj; os tirará de los bigotes y de la barba; ya vereis: yo querré quitarla para que no os impacientéis, y vos me reñireis á mí, porque esto ha de parar en que consintais mas á esa muchachita que á mí, me reñireis y la dejareis hacer cuanto quiera..... y os reireis de sus gracias y de su inocencia.

El pirata se sonreía con ternura; se estaba desarrollando á su vista un cuadro que no habia llegado á entrever nunca, un placer que no habia estado jamás á su alcance. Morgan no era un viejo; pero su alma combatida por esas furiosas tempestades de las pasiones, necesitaba ya de los goces de la edad madura.

No tenia familia, y gozaba al soñársela improvisada; su imaginacion le presentaba vivas aquellas escenas que le pintaba Doña Marina.

—¿Y tú crees que me querrá mucho esa niña?

—Os lo aseguro; os querrá quizá mas que á sus padres, como á su abuelito consentidor; y reirá, y sonará las manecitas de contento cuando os oiga esos gruñidos de viejo marino con los que haceis temblar á vuestros soldados, y con los que no conseguireis sino poner alegre á vuestra nietecita. Decidle mi nietecita—dijo alegremente Marina, tirando de la barba cariñosamente al pirata, como podia haberlo hecho con su mismo padre.

Morgan besó aquella torneada mano y contestó:

—Bien, mi nietecita. Vamos, tú has hecho conmigo cuanto has querido: comenzamos porque te quise hacer mi querida, y hemos parado en que me has hecho tu padre y abuelo de tu hija, y que haces conmigo cuanto quieres.

—Pero confesad que estais contento y que os he proporcionado goces que no conocíais.

## XV.

## Los zelos del leon.

DESDE aquel dia la suerte de Doña Marina fué mas dulce, sus relaciones con Morgan mas estrechas, y llegó á sentir por él un verdadero cariño.

Doña Marina entonces refirió á Morgan que tenia una hija que habia quedado en Portobelo, y que su marido lloraba su ausencia en aquel mismo sitio, esperando quizá, ó quizá creyéndola perdida para siempre.

—¿Y quieres mucho á esa niña?—preguntaba Morgan.

—Señor—contestó Marina—apenas con mi amor vais conociendo lo que se quiere á una hija, y sin embargo, ya comprendereis lo que es ese santo vínculo. ¡Ah! si viérais á mi Leonor, que yo espero que la vereis algun dia, ¡oh! qué bonita, qué graciosa! me parece que la estoy mirando aquí á nuestro lado; os llamará, porque yo se lo enseñaré, os llamará abuelito, porque vos habeis sido mi verdadero padre; se sentará en vuestras rodillas, jugará con el puño de vues-

—Puede ser, hija mia.

—Escuchadme: supongamos que al salir de Portobelo hubiera yo consentido en ser querida vuestra; ¿qué hubiérais conseguido? una mujer mas en el mundo, una mujer como tantas otras que han sido el instrumento de vuestros placeres; una mujer á quien hubiérais olvidado, despreciado, despues de haber satisfecho vuestros pasajeros deseos; y ahora, ¿os acordaríais de mí? ¿no estaria mi nombre confundido con el de tantas otras mujeres? ¿no se unirían mis maldiciones y mi llanto á tantas otras maldiciones que deben pesar ya sobre vuestra cabeza, á los llantos que deben pesar en vuestro corazon? Ahora encontraríais en vuestra alma el mismo vacío, la misma indiferencia; me habríais abandonado en Cuba ó en Jamaica; seria yo una mujer perdida, perdida para siempre, sin mas recurso que la prostitucion, sin mas amparo que pretender de uno de vuestros oficiales que me tomara por su querida, y si la muerte no me sorprendia en la juventud, pasar mi vejez mendigando un pan que llevar á la boca, y mi hija no conoceria á su pobre madre, y ella os maldeciria tambien; ¿es cierto?

—Es cierto—contestó con aire sombrío el pirata, porque pensaba en tantas mujeres á quienes habia hecho sufrir aquella misma suerte.

—En cambio de todo eso, ahora os amo, os bendigo; sois mi padre, mi salvador; mi hija será vuestra hija; vuestro corazon está lleno de un afecto purísimo, de una ternura desconocida; sentís el goce, el bienestar, la felicidad que proporciona al alma una acción buena y que no se compra en el mundo ni con todos los tesoros de la tierra: ¿tengo razon? ¿estais contento de lo que habeis hecho?

—Sí, hija mia, sí.

—Una querida menos, señor, que os parecia hermosa an-

tes de ser vuestra, porque despues os hubiera causado hastío, y en cambio una hija, una familia.

—Es cierto, es cierto!—contestó Morgan conmovido.

Morgan habia llegado ya á consentir en ser padre adoptivo de Doña Marina.

Durante aquel tiempo, Don Enrique habia visto pocas veces y solo de lejos á la dama; pero sabia que estaba alegre y satisfecha, y además, ella no habia reclamado su apoyo ni su proteccion, y el jóven supuso ó que el pirata habria desistido de sus amores, ó que ella era feliz con ellos.

Los preparativos de la marcha de los piratas habian terminado, y la escuadra estaba ya en momentos de darse á la vela. El almirante habia confiado el mando de uno de los navíos á Don Enrique; Juan Darien tenia entonces el papel de vicealmirante.

Una mañana, la del mismo dia en que la escuadra iba á levar anclas, Don Enrique tuvo necesidad de pasar al navío «Almirante» en busca de Morgan.

El pirata no estaba allí, y solo Doña Marina contemplaba el horizonte sobre cubierta.

Don Enrique se dirigió á ella.

—¡Oh! Don Enrique—dijo la dama—casi deseaba yo vuestra llegada.

—Es para mí una gran dicha llegar cuando deseábais verme; ¿os soy útil en algo?

—Era nada mas para contaros que he triunfado, que soy feliz.

—¿Sois feliz, señora?

—Sí; el almirante tiene una alma grande y noble; no solo me ha respetado, Don Enrique, sino que creo muy fácil que si llegamos á la Tierra Firme, me vuelva al lado de mi esposo y de mi hija.

—Señora, habeis conseguido una cosa maravillosa: yo os doy el parabien; mi honor en esto estaba comprometido, y solo siento no haber podido ayudaros en nada.

—Mucho me habeis servido; la idea de que habia cerca de mí á alguien que se interesaba por mi suerte, me daba valor.

—En todo caso, ya sabeis, señora, que mi promesa subsiste y que os he dado mi palabra.

—Cuento con eso, y en prueba de ello os diré para vuestro gobierno: tenemos que caminar en distintos navíos, ¿es cierto?

—Sí, señora.

—¿Cuál montais vos?

—Mando el «Valeroso,» aquel que veis desde aquí: procurad conocerlo; es un navío quitado por los nuestros á los españoles; un leon coronado tiene en la proa.

—No lo olvidaré; pues bien, oidme: cuando durante la navegacion estemos á distancia capaz de vernos, si extiende un pañuelo blanco, es porque mi suerte corre próspera; si uno rojo, es porque estoy en peligro; si negro, el peligro es inminente.

—Por mi parte no lo olvidaré yo tampoco, y procuraré caminar de manera que no me falten todos los dias noticias vuestras: yo agitaré tambien un lienzo blanco en señal de que os veo y de que comprendo lo que me decís.

—Perfectamente: ahora idos, que el almirante se acerca.

En efecto, Morgan se acercaba: Don Enrique se retiró; pero ya el pirata habia observado que sostenia una conversacion animada con Doña Marina.

La chispa de los celos brota con extraordinaria facilidad en el corazon de los hombres que han pasado ya de la juventud; desconfian de su propio valor, temen que la mujer

á quien aman encuentre mejor á los que son mas jóvenes, y se miran siempre débiles en presencia de cualquier enemigo; nunca están seguros de sus conquistas, porque las creen debidas al interés ó al temor, y sueñan que ellos son el objeto aparente de una pasion que la mujer amada consagra en secreto á otro hombre mas feliz.

Morgan sintió como si una víbora le hubiera mordido en el corazon; vaciló, y sin embargo, logró reprimirse; y sin dar á conocer lo que pasaba en su alma, se dirigió á Don Enrique con la sonrisa en los labios.

—Hola, mi nuevo capitán, ¿estais ya listo?

—Enteramente—contestó Don Enrique;—mi navío no tendrá nada que envidiar.

—¿Es decir que estais contento?

—Mas de lo que os podeis suponer.

Cuando un hombre está preocupado, cuando una idea se ha apoderado de su cerebro, todo cuanto oye decir le parece que se refiere á esa idea.

Las palabras de Don Enrique, «mas de lo que os podeis suponer,» le parecian á Morgan sospechosas.

—Yo me alegro—contestó distraido;—ya sabeis cuánto os he querido.

—Lo sé; como que sois casi mi padre.

—¿Cómo!—exclamó con aire sombrío el pirata, uniendo las ideas que estas palabras hicieron nacer en su alma, con los recuerdos de las conversaciones con Doña Marina.

—Es decir, señor, que os debo favores de padre.

—No hay que hablar de eso—contestó Morgan reportándose.

—Dispensadme si os molesto; pero mi gratitud me hace hablar así: me voy, señor, porque pronto nos daremos á la vela.

—Sí, id.

Don Enrique se retiraba, pero repentinamente le llamó el almirante.

Le habia ocurrido ver el semblante del jóven y el de Doña Marina cuando ambos se hablasen delante de él.

—Señor—dijo Don Enrique volviendo.

—Deseo presentaros con esa dama, si es que no la conocéis desde antes.

—Creia yo haberos dicho que la habia tratado ya en México.

—Se conocen—dijo interiormente Morgan—me engañan; —y luego agregó en voz alta:—no lo recuerdo; entonces, con mas razon despedíos de ella, porque yo la quiero mas que á una hija.

Y los dos se acercaron á Doña Marina.

Ni la dama ni Don Enrique sospechaban lo que estaba pasando en aquellos momentos en el alma del almirante.

—Señora—dijo Morgan—este jóven, que ha sido nuestro conocido en México, desea despedirse de vos.

Doña Marina inclinó ceremoniosamente la cabeza, y Don Enrique murmuró con la mayor cortesía:

—Señora, estoy á vuestros piés—y luego dirigiéndose al pirata, le tendió la mano y le dijo:—Señor, adios.

—Adios, Antonio—contestó Morgan, estrechando la mano de Don Enrique.

El jóven se retiró y comenzó á descender al bote, diciendo entre sí:

—¡Qué triste está hoy el almirante! quizá tendrá malas noticias!

Entretanto, Morgan pensaba:

—¡Cómo disimulan! Es una ficcion muy grande; es una despedida muy fria para dos antiguos conocidos: quieren

engañarme; pero yo los vigilaré; á mí no me engañarán; soy un viejo lobo marino..... ¡Ay de vosotros!

Y se puso á dar sus órdenes para que la escuadra se diese á la vela, porque el viento soplabá favorable.

Durante la primera noche de la travesía nada observó Morgan, á pesar de que no perdía de vista un instante á Doña Marina. La jóven estaba mas alegre, mas comunicativa, y la nube que habia oscurecido por un momento la alegría del pirata, comenzaba á disiparse.

Llegó por fin á creer que se habia engañado, se acusó á sí mismo de ligereza, y procuró, como por una especie de remordimiento, estar mas amable que de costumbre con Marina.

En la tarde del siguiente día al de la partida, el «Valeroso,» sin duda por las maniobras que mandaba el capitan, navegaba muy cerca del navío «Almirante;» las tripulaciones estaban casi al habla, y como el viento era fresco y el cielo estaba puro, se podian distinguir los que iban en uno y en otro navío.

Morgan meditaba, fumando un enorme tabaco, y contemplaba á Marina, que estaba á corta distancia de él.

La jóven iba tambien meditabunda y no habia visto á Morgan.

De repente, el almirante vió que Marina alzaba el rostro y miraba fijamente para el rumbo que traia el «Valeroso;» una sospecha volvió á herirle, y procuró ocultarse para ver sin ser visto.

Doña Marina volvió el rostro para ver si álguien la observaba, se creyó sola, y agitó en su mano un pañuelo blanco por un instante.

Morgan entonces dirigió su ardiente mirada al «Valero-

so;» un hombre agitó allí también un pañuelo blanco, y el pirata conoció á Don Enrique: estaban de acuerdo; aquella era indudablemente una señal, un saludo cuando menos.

Un relámpago de sangre y de fuego cruzó ante los ojos del almirante; sus oídos zumbaron como si sobre él pasase un huracán; vaciló, y tuvo que contenerse para no caer.

Lo primero que le ocurrió, fué llevar la mano á la empuñadura de su cuchillo, y lanzarse sobre Doña Marina y asesinarla sin piedad, y arrojar al agua su cadáver, y romper los fuegos sobre el «Valeroso» y echarlo á pique, y no dejar que se salvase de allí nadie, y luego volar el navío «Almirante,» pegando fuego al pañol de la pólvora.

Morgan en aquel instante era un tigre rabioso, capaz de cometer el mas espantoso de los crímenes; pero la naturaleza no vino en ayuda del espíritu; la conmoción habia sido para su cuerpo tan terrible, que no la pudo resistir, y pasado el primer acceso, se sintió desfallecer, se anubló su vista, pasó algo desconocido para él en su cerebro, inclinó la cabeza y lloró.

Aquel corazón de diamante cedió á la debilidad humana, sintió mas grande su desgracia que su fuerza, mas profunda su amargura que su ira, mas agudo su dolor que su deseo de venganza, y lloró, porque el llanto es el último recurso del alma, es el único desahogo en la suprema alegría y en la suprema felicidad; para el hombre mas enérgico, en ciertos instantes, si no pudiera llorar, moriría ó perdería la razón.

Durante un largo rato, las lágrimas del almirante corrieron, quemando sus toscas mejillas, y en todo ese tiempo nada pensó, porque era el vacío lo que dejaba en su corazón y en su cerebro aquella ilusión al desvanecerse.

Por fin, alzó fieramente la cabeza, limpió sus ojos, y sa-

audiendo su melena como un león que siente un enemigo, exclamó con una especie de rugido salvaje:

—¡Infame!..... ¡y yo que creía!..... ¡me ha engañado!..... ¡ha jugado con mi corazón!..... ¡yo la trataré como á todas, como á todas!..... ¡Oh! y lo que son mis soldados, no sabrán nada, nada; seria una diversion para ellos....

Y luego, procurando dar á su semblante un aire tranquilo, se acercó adonde estaba Doña Marina.

La jóven, distraida, contemplaba el choque de las olas contra los costados del navío.

—Marina—dijo suavemente el pirata.

—¡Padre mio!—contestó la dama sin mostrar sobresalto de ninguna especie—¿qué me quereis?

—Tengo que hablarte.

—Pues hablemos.

—¿Sabes—dijo el pirata, mirándola amorosamente—sabes que no me creo ya con fuerzas suficientes para cumplirte mi palabra?

—¿Cuál palabra?

—La de tratarte como á mi hija.

—¡Dios mio! ¿y por qué?—exclamó la jóven, palideciendo ante el aspecto extraño del almirante.

—¿Por qué?—dijo Morgan, acentuando mucho el tono de la voz y con los ojos brillantes—porque tu belleza me provoca mas y mas cada dia, porque no puedo contenerme, porque tengo celos.

—¡Celos! ¿y de quién?

—De nadie, de todos, del porvenir; tengo celos de que algun dia, esa hermosura que es mia, que me pertenece, que tengo en mis manos á mi disposición para gozar de ella cuando quiera, sea de otro, de otro, en vez de ser mia,

y entonces sienta haberla perdido, cuando ya no tenga remedio, cuando en brazos de otro hombre le prodigues tus caricias, y os burleis quizá de mi necedad.

—Pero señor, ¿qué conseguiríais si aun no teneis mi amor?.....

—Marina, para nada necesito ese amor si tú eres mia, si puedo hacer de tí lo que quiera; poco me importa que sea porque me ames ó porque me temas; poco me importa que tú seas mia por tu voluntad ó contra ella; lo que necesito es que seas mia, que mañana cuando salgas de mi navío, no te burles de mí; que mañana cuando te abandone, ya sea porque estoy hastiado de tí, que no me quede ese deseo que me devora y que seria para mí un martirio; ¿lo oyes? es mi voluntad, y mi voluntad se cumplirá, porque no estoy acostumbrado á encontrar resistencia, y ¡ay de tí si intentas resistirte!

El pirata hablaba como fuera de sí; la cólera, el amor, el deseo, los celos, todas las pasiones, todos sus instintos combatian en su corazon, y se retrataban en su semblante y se adivinaban en la entonacion de su voz y en la creciente agitacion de su pecho.

—Señor—contestó Marina temblando—¿esos goces del alma y ese amor espiritual?.....

—No me hables de eso, no me hables de eso, porque apenas he comenzado á conocer ese amor, y he sentido que es un infierno; que es la lucha del cuerpo con el espíritu; que es la hiel de la desesperacion y de la duda en el presente, en el pasado, en el porvenir; no, ese amor es un fuego lento que calcina los huesos, que seca el corazon; no, no, no te oiré, porque es un engaño, un hechizo, un filtro que envenena; yo siento un fuego ya que devora mis entrañas, y necesito apagarlo con el placer; necesito que seas mia, que

seas mia como han sido tantas mujeres, para calmar esta fiebre que tú misma me has causado.

—Señor, ¡por Dios!

—¿Lo oyes? tú serás mia de hoy en adelante; toda consideracion se acabó: serás..... mi querida mientras yo quiera, ¿lo oyes?

—¡Nunca!—exclamó con energía salvaje Doña Marina—nunca!

—¿Nunca, víbora? ¿nunca? es decir, ¿crees que despues de que me has herido el corazon con tu diente venenoso, lograrás escapar de mi mano?

—Sí; antes morir que consentir en ser tuya un instante.

—Lo veremos; yo te haré de águila altanera, tornarte en blanda paloma; yo te obligaré, soberbia indiana, á venir á mis plantas para pedirme por gracia mi amor y mis caricias: sí; porque tanto sufrirás, que mi amor será para tí como el paraíso; y luego, cuando esté yo hastiado de tu belleza, cuando otra mujer me parezca mas hermosa, entonces te arrojare en la primera costa que encontremos á nuestro paso, para que llores allí la culpa de haberme engañado y resistido.

—Antes morir, miserable!—exclamó Doña Marina irguiendo soberbiamente su hermosa cabeza y con los ojos brillantes por la cólera—antes morir; porque si tú has convertido en instrumentos de viles placeres á otras damas, es porque han sido cobardes y han tenido miedo de la muerte: mira, infame, cómo me libro para siempre de tu odiosa presencia.....

Y Doña Marina, furiosa, hizo un impulso para lanzarse al mar; pero antes que hubiera podido lograr su intento, la vigorosa mano del pirata la habia detenido.

Comenzó entonces una lucha terrible, en la que apenas

podía el almirante contener á la dama; tanto vigor así habia comunicado la desesperacion á los delicados miembros de aquella mujer.

Morgan gritó y dos marineros llegaron en su auxilio y sujetaron á la jóven.

—Atadla y encerradla en una bodega—dijo furioso el almirante, y dos minutos despues aquella órden estaba ejecutada.

## XVI.

## La prueba.

DESDE aquel dia Morgan comenzó á usar con Doña Marina una crueldad infinita. Encerrada en una de las inmundas bodegas del navío, sin ver mas que al marinero que dejaba una pequeña racion de pan y un poco de agua, sin respirar el aire libre, sin ver casi la luz, la infeliz jóven sufría horriblemente.

Aquella bodega estaba llena de enormes ratas, que venian á arrebatarle casi de la mano su miserable alimento, que roian sus vestidos, que llegaban hasta morder sus mismos dedos.

Doña Marina no podia ni dormir; aquellos repugnantes animales la atacaban en el momento en que entraba en quietud, y pasaban sobre su rostro, causándole una impresion espantosa con sus patas frias y desnudas.

La atmósfera pesada y nauseabunda que la rodeaba, era tambien para ella un tremendo martirio.